



EL HUMOR DE UNA MEMORIA AMARGA

LEÓN COHEN M.
Actor y médico psiquiatra

En cinco pares de zapatos negros se apoya el dolor de una generación que protesta. Cinco historias reales que se entretajan en una ficción. Cinco jóvenes adultos que desnudan con valentía y honestidad sus recuerdos. Cinco por treinta que construyen en el tiempo dramático una historia de años, una nostalgia de imágenes infantiles, de rechazos y abandonos.



internas, de un mundo de relaciones entre imágenes internas de nosotros mismos y de los demás, junto a los afectos, sentimientos y emociones que las impregnan.

Pero más reímos no por lo que tenemos a la mano en nuestra conciencia sino por aquello que está distante, oculto, distorsionado, disfrazado, desatendido y mantenido forzosamente en la oscuridad. Aquél que piensa y hace un chiste, aquél que ofrece una forma cómica o que habla palabras cargadas con un sentido humorístico, comunica en todas estas maneras lo que el espectador no tiene a la mano. Es más: debe ser así si pretende hacer reír.

En el humor se comunica un sentido y, además de información y proporcionar verdad al otro, está, a veces, la pretensión de aliviarlo, es decir, ponerlo en contacto con lo que no tiene a la mano en ese momento, con lo que no atiende, con lo que se oculta, con lo que reprime.

Escucho el chiste, aprecio la situación humorística y río. Puedo entender la historia simple y superficial, la figura que en un primer plano aparece, pero casi siempre lo más oculto que la motiva queda incomprendido como algo que requiere ser pensado para ser entendido, sedimentado para ser elaborado, darle tiempo en la memoria, en el pensar y en el habla.

Es que al ponerme en contacto con lo que

El humor

Y, sin embargo, los que vemos y escuchamos el drama reímos. A lo largo de toda la obra se desplazan el humor, la sátira, la ironía, la caricatura, haciéndonos reír. Es que si no fuera así, la amargura en escena se dejaría caer sobre nosotros con un peso irremediable y sobrecogedor, intolerable.

El humor es comunicación y vínculo. Las palabras y las acciones, las formas y los objetos en los que anida el humor portan un sentido y, a través de él, una meta: el alivio.

La obra como suceso global y efectivamente actuante significa un continente comprensivo de los motivos y vivencias más profundos de los espectadores. Tiene una función comunicadora, empatizante. Anida en el teatro la propiedad de la representación en la realidad externa, la puesta en escena en la red extensa de un mundo de representaciones

oculto y desatiendo, el que me hace reír me ha puesto fuera de foco, me ha sacado de mi posición de ocultador, ha mermado mi esfuerzo interno de desatender, y parte de la energía que ocupaba en tanto trabajo de represión se ha vuelto innecesaria y por lo tanto se descarga. Esta catarsis se expresa en mi cuerpo, en toda mi persona y es un alivio; me han sacado un peso de encima y así me veo y me ven: riendo.

De esta forma el que me hace reír o sonreír, el que remueve mis humores, me lleva a una especie de exhibición impúdica de lo oculto. El comediante pretende dominar al espectador, meterse dentro de él, a pesar de él y con el permiso de él. Ese es el trabajo del comediante, un trabajo que lo hace gastar energía. El comediante está en tensión, no es él el que se alivia ni el que más ríe. Lanza su voluntad de dominio sobre los espectadores para incluirse dentro de sus mentes y contemplarlos exhibiéndose en el desnudamiento que significa la risa. Se rieron, les llegó.

Pero podríamos decir que en toda comunicación hay una comprensión que puede generar alivio. Sin embargo, pocos géneros tienen la exigencia y requieren el talento necesario para llegar profundamente dentro de la mente del espectador como es el caso de la comedia. La comedia debe ser económica (nos ahorra un esfuerzo de represión), breve, simple y, sin embargo, debe anidar en lo que pone en escena tal densidad de sentidos que necesita de la imagen, de la metáfora, de la acción.

La memoria amarga

¿Qué son los zapatos negros que veo en la escena? En primer lugar no son nada parecido a un objeto real por lo que yo pueda preguntar: ¿A quién se le perdieron estos zapatos negros?

Son una representación. Son una frase que dice un joven amarrado, ahogado, abrumado, seducido, enloquecido sobre un catre clínico, bajo el imperio de un tiempo que no es de madres satisfechas sino que de madres so-

las, insatisfechas y hambrientas. Son una multitud de imágenes de televisión que no son programas de televisión sino que son las experiencias de vida que las rodearon, las palabras que se dijeron usándolas como excusa, las amigas y amigos que las entendieron. Son la representación de un tiempo que ni siquiera fue y es real, sino que fue y es la representación. Son la nostalgia del cuidado, del lustrado, del roce. Son la constancia de una pérdida, una pérdida intencionada, mal intencionada, de algo que ha sido ocultado, robado, que se ha hecho desaparecer, que alguien escondió y esconde, de un pasado dañado que el presente ahogante obliga a reconocer y reparar, tan concretamente como se debe reparar una silla infantil que uno ha dañado.

La frase ¿quién me escondió los zapatos negros? es también una queja, la queja del quejoso de la escena, o la queja del que se acusa de no querer acusarse, la queja del que protesta, la queja del que ironiza en torno a una ideología arrogante o a una religión impositiva o en torno a las caricaturas de una cultura protestataria. Pero también tales zapatos negros son negros de duelo, duelo por una autoridad perdida, duelo por un calor perdido, por los domingos perdidos. ¿Quién escondió ese calor firme que tomaba de la mano los domingos?

¿Qué se le ha escondido a esa mujer que llora, que espera? La pareja marca el tiempo de la escena. Primero es la ilusión de la belleza perfecta que llevará al amor perfecto. Luego es el juego en que ilusión y realidad chocan y duelen: el cruel rechazo púber. Luego el reencuentro con la ilusión, esta vez por el amor más allá de la belleza, más cerca del compromiso, del proyecto, del hijo, y otra vez la desilusión, el rompimiento, la separación. La pareja convertida en el campo de batalla de las rivalidades, del sí, del no, de las envidias. La pareja se deja traspasar por el espíritu del tiempo, tiempo de persecución, de anteojos negros que entran y salen de la familia en el afán oscuro de la intrusión.

El coro y su vocero, la voz del destino y de la muerte, que sabe de verdades y muñe-

cos, anuncia la amargura: Corta la vida, larga la muerte.

El humor de una memoria amarga

¿Hay algo aquí que no sepamos, que no podamos reconocer? No. ¿Hay algo aquí que tengamos que estar atendiendo, tener de continuo a la mano, claro frente a nuestros ojos? Todo. ¿Podríamos vivir si detuviéramos el tiempo en torno a esta amargura? No. ¿Cómo darle, entonces, a estos zapatos negros su espacio y tiempo propios, atenderlos, pensarlos, es decir, recuperarlos, volver a caminar apoyado y protegido por ellos?

Creando ¿Quién me escondió los zapatos negros?.

Un camino escogido es el de la elaboración creativa de lo intolerable y desalojado de la vida y anidado en la oscuridad.

El creador nos entrega contenidos que nacen de su propio deseo, de sus pulsiones primitivas. Si los comprendemos abren en nosotros caminos a nuestros propios deseos que resuenan, así empáticamente, en la contemplación de la obra. Esto es un alivio, un placer, un goce que el artista nos regala. Regalo nacido de un arduo trabajo de inmersión en sus profundidades, de la composición de los retoños de sus pulsiones generados por los caminos de la sublimación. Es una visión que emparenta el síntoma y la obra y que propone el destino del arte como senda de cura.

La urdimbre que tejen cinco vidas crean en la escena una realidad ficticia en la que muchos se comprenden. Los de treinta pues reconocen el paisaje, los de quince pues están en el paisaje, los de cuarenta pues están a cargo del paisaje.

Un grupo de amigos que han transitado por paisajes similares y en tiempos coincidentes se reúnen en torno a una inquietud común. Se sumergen en sus recuerdos, en sus dolores y alegrías, en sus ilusiones y frustraciones. Someten sus experiencias a la legalidad del montaje, al ritmo de la escena, al encuadre del escenario, a los espacios de la luz. El recuerdo, la imagen, la nostalgia vaga

y difusa van configurándose en las palabras, en el sentido, en la expresión. Las escenas y sus expresiones se van hilando en un ritmo y un significado, en definitiva, por un estilo. Y esto es muy importante. Aquí hay un estilo, una identidad, tanto en lo individual como en el grupo. Hay una familiaridad con el humor, una comodidad.

Cuando hay tal comodidad, cuando los comediantes saben su oficio, el espectador queda sometido al dominio y a la influencia penetrante de los contenidos de la comedia. Como hemos visto, muchos de los contenidos de esta obra son amargos, dolorosos y hacen mención de un tiempo de pérdidas y desilusiones. Sin embargo, la forma de la comedia en que tales contenidos son dibujados permite que éstos penetren profundamente en la mente de los espectadores, generando la risa que denuncia el reconocimiento.

La materia de la obra está hecha de experiencias reales. A ella se accede con familiaridad. Es una obra doméstica. Habla de una sucesión de momentos vitales que, aunque con su propia e irreplicable cualidad, son reconocidos por los que ahora los viven, o por los que los vivieron en otro tiempo. Hay aquí una familiaridad humana en la que sentimos el placer del reconocimiento del paisaje común, urbano, nacional, de nuestros modos, de nuestros medios, del hogar.

¿Quién me escondió los zapatos negros? surge de un movimiento en el que nos ponemos en contacto con la pena por las ilusiones que se perdieron, con una nostalgia de lo bueno y cálido que una vez se sintió, y con una rabia contra aquello que dentro y fuera de nosotros dañó nuestras vidas privándonos de días y de noches. En definitiva, con un mundo acumulado y tejido en nuestro interior que se resistió a ser pensado, que muchas veces fue dejado a un lado desatendido y que ahora, tocado por sorpresa a través del humor, denuncia su presencia ausente. Se trata de una risa, de un humor, pero de un humor de recuerdos de pena y rabia, de pena y culpa, el humor de una memoria amarga. •